

CUENTO N° 304

TÍTULO: EL SUEÑO DEL REY

SEUDÓNIMO: AQUILES

AUTOR: LAUTARO OSCAR RAMOS GUERRA

EL SUEÑO DEL REY

Los dos vagabundos atraviesan lentamente la pasarela de Avenida Argentina. Dos singulares conjuntos de trapos en medio de una helada mañana porteña.

Bajando el puente, una señora que vende kino y un cojo que pide limosna. -¡Ándate a pedirle a tu abuela! -le grita Bufo, conocido entre los “changuitos” por su especial ferocidad con los limosneros. Bufo espanta al cojo con una horrenda risa, satisfecho busca la mirada cómplice de su amigo, el rey. Este está detenido frente al kiosco de diarios.

- ¡Mira! -le dice con estruendosa voz, sus ojos brillantes resaltan entre la mugre del rostro.

- ¿Qué? ¿La mina pilucha? -le consulta, intrigado Bufo, su compañero.

- No, imbécil, la noticia.

- Es que no sé leer.

- ¡bah! Se me olvida que eres tarado.

Siguen caminando, más bien arrastrando sus pesadas pilchas en una empeñosa aventura de atrapar algún esquivo rayo solar de julio.

El Rey -le dicen así porque es el “Changuito” más antiguo de Avenida Argentina; él mismo bautizó a los vagabundos de Valparaíso como “changuitos” - asegura vagabundear por esa calle desde antes que demolieran el hospital donde ahora se levanta esa mole de fea imitación greco-romana y que llaman Congreso.

- Y es más, nací aquí y aquí moriré - es su máxima favorita.

Bufo no responde, tonto o vagabundo sabe muy bien que cuando el Rey habla, él escucha.

- Aquí, en esta tienda, se reunía el grupo de Guber -se detiene el Rey enfrentando el viento marino que viene por calle Independencia. Su descomunal lógica le lleva a narrar a Bufo por vigésima séptima vez su versión de un grupo de adictos, viciosos que se adueñaban de las noches de Valparaíso y Viña del Mar.

- El Guber mataba por placer a las parejas en las noches, su grupito de mafiosos gustaba ver tal trámite en vivo y en directo.

- ¿Será cierto eso, Rey? -consulta por vigésima séptima vez Bufo. El Rey se enfurece y grita:

- ¡Esos maracos... son todos maracos! ¡Serán exterminados de la tierra!

Emprende una ensordecedora prédica a grito pelado:

- Escuchad maracos de Valparaíso, maracos de Chile, ni todo el oro del mundo los salvará del infierno. Todos ustedes, estáis condenados ¡por maracos! aunque se escondan en sus casas, en sus autos. . .

Bufo se recuesta en la entrada de una casa. Como buen vagabundo cultiva el arte de la espera sin esperar nada. Hace frío, en alguna parte de la Avenida Argentina habrá un par de platos de sopa.

Terminada la apología de los maracos, el Rey retoma su rumbo por avenida Argentina.

- Para un buen vagabundo, la única hora que vale es el crujiir de la tripas- sentenció una vez el Rey.

El Bufo se impresionó con la lógica. Por algo es el Rey ¿Habrá sido predicador alguna vez?

- La noche más fría del año -mastica a medio hablar las palabras el Rey, mientras se agacha a recoger un pucho a medio consumir. Su predilección.

- ¿Qué? - le consulta Bufo, preocupado de seguirle la pista a dos “verdes” que van por el frente .

- La noticia esa del Quiosco, tarado grande, ésta será la noche más fría del año.

- ¿Y eso qué?

- Es que tuve un sueño. Bufo sigue atisbando la pareja de “verdes” ¿Qué es un sueño? Bufo no se imagina un sueño, pero no se atreve a confesarlo. Mete la mano en un receptáculo de basura y extrae un envoltorio de galletas con dos o tres de ellas aún dentro. Mastica con satisfacción. No le falla su instinto.

Mientras se guarecen del frío y beben una aguachenta sopa, ahí en un costado de la Parroquia de los doce apóstoles, el Rey insiste.

- Te dije que tuve un sueño.

- ¿Y qué? -pregunta algo temeroso Bufo. Puede ser algo maligno eso de los sueños.

- Soñé que se incendiaba toda la Pedro Montt, hasta la misma plaza Victoria.

Agradecen a las “mamitas” por las sopas y se van escupiendo el suelo por detrás de los doce apóstoles, siempre esquivando el Congreso que está tan lleno de “verdes”.

Algo en la vida por fin los hace apurarse. Son unos leves rayos solares que alumbran la plaza O'Higgins. Ellos van hambrientos por atraparlos y meterlos dentro de sus carnes, de sus huesos.

- Oye, Rey ¿Me podís decir si fue verdad eso de Pinoché? -Bufo siente la tibieza en sus tripas y realiza su diario interrogatorio en momentos en que están distendidos. Sin preocuparse del hambre.

El Rey se acomoda en sus pilchas y acoge con entusiasmo la consulta.

- En los tiempos en que todo era de Pinoché, los milicos se llevaron a todos los "Changuitos". Los cazaron como a perros, los llamaban "tumores". Los llevaron a un barco de guerra, después vino lo peor. . .El Rey se queda en silencio, la tarde invernal lo atrapa en incontrolables escenas que él no sabe aplacar, ni menos eliminar. Siente un piojo molesto que va de la rodilla hacia los genitales, esa escena que suele narrar: Una gran rampla puesta a un costado del barco: esos "maracos" que aplauden cuando un "changuito" cae al mar amarrado de un bloque de cemento.

Los "maracos" aplauden porque unos fusiles les obligan a aplaudir. Después ellos correrán la misma muerte. Todos los "maracos" se van al infierno.

Y esa voz aguanchenta, tan conocida, de Bufo que le remueve las imágenes:

- Rey, Rey, te quedaste dormido.

Dejan la plaza O'Higgins. Caminan la tarde. Es el momento de preparar la noche. Ya se sabe, ganchito, se vive el día para pasar la noche, es el sermón favorito del Rey. ¿Habrá sido predicador?

Cruzan avenida Argentina por Colón. Entre el pasto y los papeles de un día ventorrado yace un borracho dormitando. Ambos vagabundos ni siquiera se miran. El

Bufo se queda en la esquina como una burda estatua al frío. El Rey pasa por primera vez cerca del borracho. Es la inspección preliminar. Mide de reajo las probabilidades, pareciera ser que se aleja de Avenida Argentina, pero no es así, da la vuelta completa a la cuadra, reaparece en escena y se dirige directamente al borracho dormilón.

No intenta quitarle el bolso, sino que lo abre y extrae el tesoro: una caja de vino y una botella de pisco que pronto desaparece en esa gran bola de ropajes que es el rey en invierno.

Vuelven a su refugio favorito en los deslindes de la estación Barón. Allí inventan una fogata con papeles y cartones. Y entibian al cuerpo con la caja de vino.

Anochece. Valparaíso se repleta de luces, lejos, casi en separata se escucha la consabida voz del rey:

- ¡Escuchad maracos, viene el fin y no se arrepienten! ¡Siguen siendo maracos...será el fin!

Bufo fuma en la fogata ¿Habrás sido predicador el Rey? ¿Será cierto lo que cuenta de Pinoché? ¿Y por qué él no fue lanzado al mar?

Siente que el vino lo arroja al indecente túnel de los tiempos. Bufo golpea la pared, aúlla, lanza salivazos, se araña el rostro. Está literalmente bufando. Una mano, negra, maltratada, pero fuerte, lo tranquiliza y lo vuelve al anochecer porteño, es el Rey que simplemente dice:

-Esta noche será el sueño.

El Rey y Bufo recorren avenida Pedro Montt mientras la noche se adueña de Valparaíso.

Conversan con todos los “Changuitos” como llama el Rey a sus similares. A todos les dice a las 4:00, no se olviden a las 4:00. A las cuatro cero cero. Esa es la consigna del plan de batalla. Antes que cierre el ascensor Polanco llegan a él y se dejan caer en cualquier rincón. Están en las alturas.

A veces conversan, otras veces beben pisco. Bufo observa notoriamente alterado al Rey, después de medianoche, sale a la calle y despotrica su prédica contra los “maracos” y el fin de ellos.

El Rey vuelve a las alturas del ascensor y se pasea por sus singulares avenidas. Fuma y fuma. Habla, gesticula, pelea con los fantasmas. Arrepentíos, maracos, aún es tiempo.

El Bufo entre trago y trago de pisco se queda dormido. Cuando despierta se encuentra con el Rey gritando a todo pulmón desde la punta del ascensor Polanco que domina todo Valparaíso.

- ¡Maracos! Arrepentíos el fin del mundo ha llegado. . .

Son las cuatro cero cero de la madrugada más fría del año, abajo las Avenidas Pedro Montt y Argentina elevan gruesas lenguas de fuego al cielo. La rebelión de los “changuitos”. Grotescas fogatas de cartones iluminan la noche del puerto. Cayendo de rodillas, el Rey llora y confiesa:

- Yo fui uno de ustedes, yo ayudé a los changuitos para que se fueran al fondo del mar.

Y me arrepiento. Me arrepiento . . . aunque sea el Rey.

.....